



I. Inicio

Esta historia empieza por el final. Y ese final, de nuevo, será otra vez el principio.

Esta historia empieza en una habitación vacía, despegando del parqué cachitos de mi corazón destrozado. Es una historia fácil de entender porque es la historia de la vida: si aún no te ha pasado, está a punto de pasarte.

Una historia de amor que acaba en tragedia. Y otra tragedia que acabará en una historia de amor.

La historia de los corazones rotos que deambulan por esta ciudad interminable.

Ella, unos años mayor que tú, se recompone a una velocidad que asusta usando la experiencia como paracaídas.

Tú, destrozado, intentas hacer ver al mundo que todo está bien. Pero no está bien.

Madrid, mientras tanto, escupe recuerdos a cada paso que das, haciendo que sea imposible pasar página si no es poniéndote una venda en los ojos.

Ahora, toca esconder todo ese dolor y meterlo debajo del manto del Retiro, para que no se vea y no haga daño. Sumergirlo en alcohol, sexo rápido, *scroll* infinito, compras absurdas y química en bolsitas para que ese tormento no emita ni un solo ruido.

Ahora toca encontrarse con su fantasma una y otra vez en cada esquina de Madrid, descubriendo, al darse la vuelta, que no es ella nunca más.

No pensar mucho. Anestesiarse. Taponar el lagrimal.

Ahora toca escribir un libro.

Ahora toca contaros el año que no estuve aquí.

VERANO

I. Muérete, cupido

Inventamos el fuego y funcionaba; nos daba calor y cocinaba la carne.

Inventamos la rueda y nos transportaba más rápido.

Inventamos la imprenta. Un violín. Internet.

Inventamos el amor. Pero ahí fallamos

El amor no existe. Lo inventamos con muchas ganas, pero muy pronto nos dimos cuenta de que algo en él estaba mal. Amor es una palabra enorme que usamos con demasiada ligereza porque, al final, siempre acaba en una terrible decepción.

El amor está roto. Cuando nace brilla, pero al poco tiempo se gasta y no sirve para nada.

He amado —claro que he amado—, pero siempre ha terminado siendo errático. Un reflejo de un precioso espejo victoriano que se acaba rompiendo en mil pedazos que, por cierto, cortan. Y dejan heridas. Y sangras.

Todo este tiempo yo creía que amaba, pero tan solo imitaba.

El amor no dura ni perdura. Empieza siendo de colores y acaba en un fundido a negro. Primero la exaltación, luego la decepción y por último la tragedia. Y vuelta a empezar.

¿No lo ves? El amor es cíclico.

Y aquí estoy yo, en una casa nueva llena de amargura y pena delante de un hombre que hace mudanzas y que me mira con cara de saber exactamente qué ha pasado.

Ella utiliza sus años extra de experiencia para curar sus heridas en la otra punta de la ciudad. Nunca supiste ver que se acostaba con el tipo más imbécil de su despacho de abogados. Quizás, seguramente, porque tú tenías la cabeza demasiado metida en tu relación paralela.

Otra nueva ilusión que acaba en naufragio turneriano, en un mar revuelto y espumoso lleno de muebles, libros y fotografías.

Recuerda esto y grábatelo a fuego: siempre que empiezas, lo vas a dejar. Si eres fiel a ti mismo, lo vas a acabar dejando. Tienes ganas de acostarte con otras, las cosas de ella que antes te hacían gracia ahora te parecen sencillamente insoportables. No hacéis nada juntos y estás esperando el momento en el que salga por la puerta para hacer las cosas que de verdad te gustan.

Hablas de eso con tus allegados, al principio en voz baja, como sin atreverte, después, quizás lo consultas con algún amigo en común solo para confirmar lo que ya sabes. Es evidente que se tiene que acabar. Entonces te armas de valor y rompes con ella. Una semana de caos, drama y gritos. Dormir en un sofá. Y vuelta a la casilla de salida.

Buscas un piso nuevo en Madrid. Intentas seguir en el centro, que es tu barrio. El sitio donde te sientes cómodo y donde funcionas mejor. La vida pone el contador a cero.

Poco a poco te vas quedando solo porque eres el único lunático (y seguramente el único realista). Los demás necesitan de tus anécdotas de soltero para darle un poco de sal a sus vidas monótonas y grises.

Y te conviertes en un lagarto estilizado y huido.

Pero ojo: también puedes decidir aguantar. Y entonces empieza lo peor.

Las tardes tristes, las discusiones vergonzosas, buscar a otras. Mentiras. Chats que borras.

Te rodeas de parejas e intentas averiguar si a ellas les pasa lo mismo y poco a poco vas descubriendo que sí: todas las parejas acaban siendo grises y lánguidas. Y la primera es la tuya. Engordas y te abandonas hasta convertirte en una sombra del tipazo que eras antes. Ya no sales a cenar. Ya no vas a fiestas. Ya no vibras. Ya no haces NADA.

El amor no existe. Y no quiero saber absolutamente nada más de él. No quiero otra decepción más. Cuelgo los guantes.

Muérete, Cupido.

Hoy es viernes y ha sido una semana horrible aguantando a clientes.

Nadie me espera en casa.

Y Madrid, enorme y brillante como un cometa, está a punto de explotar ahí fuera.

II. Las niñas de Madrid

El verano está llegando a Madrid lento y espeso. Antes, los veranos en esta ciudad eran más o menos soportables, pero de un tiempo a esta parte la cosa se ha puesto durísima. Yo aguanto muy bien el calor, pero últimamente estamos llegando a temperaturas realmente vergonzosas. Otra alarma más encima de nuestras cabezas saturadas de miedo.

Y con todo, he decidido quedarme aquí a pasar los próximos tres meses; no tengo ganas de viajar con nadie, acabo de estrenar una soltería que no sé muy bien a dónde me llevará —algo que me gusta y me asusta— y mi cuenta bancaria, con una mudanza de por medio, está bastante tocada.

Hace una tarde estupenda y paseo por Velázquez de camino a casa de mi abuela, que vive en uno de los edificios más altos de la ciudad. Mi abuela tiene noventa y ocho años, es una de las personas más optimistas y positivas que conozco e intento ir a verla por lo menos dos o tres veces al mes.

Cuando paseo por Madrid, miro y pienso. Solo hago eso: mirar y pensar. A mí se me han ocurrido decenas de ideas para mi trabajo paseando por Madrid, pero muy pocas delante de un ordenador.

Aquí pasan tantas cosas a la vez que podría estar paseando todo el día y nunca vería lo mismo dos veces.

Cuando una ciudad acumula un voltaje como el que tiene esta, deja de ser una ciudad para convertirse en un caleidoscopio.

Hazme caso, le digo en silencio a una chica que pasa deprisa por mi lado sin verme, deja de mirar la pantalla de tu teléfono y verás como eso que tienes en la cabeza será cada vez más interesante.

De pronto, me cruzo con un grupo de niñas ideales que huelen —muy de lejos— a Chamberí, cole privado y coche propio pagado por sus padres.

Las niñas del norte de Madrid son, casi todas, muy monas y están locas por hacerse con una mesa en Los 33. Cuando, tirando de agenda, por fin lo consiguen, se ponen un vestido cuqui y cogen un úber para llegar al restaurante. Se arremolinan alrededor de la mesa, nerviosas como una bandada de pajaritos y, con la comida recién servida, le piden al camarero que les haga una foto.

Son simpáticas con él. Son educadas. Son IDEALES. Sonríen, ladean ligeramente la cabeza y colocan todo su pelazo sobre un único hombro, dejándolo caer como una cascada.

—Haz varias, ¿vale?

“Mándala al grupo, tía”. Ya la tienen. Buscan un texto.
“Necesitaba esto”. La cuelgan.

Un billón de *likes*.

Este año no se han perdido una. Esquí en Formigal.
Primavera en el pantano de San Juan. Diez días en Formentera (su isla “secreta”) para abrir temporada. NO HAY VERANO SIN BESO. Cierre de agosto en Sotogrande.

Septiembre entero para lucir moreno en Fortuny. Mechas californianas de doscientos euros esculpidas a fuego en Oculito.

Las niñas, en la cena, hablarán de Instagram, de series, de casas y de NYC.

A la tercera copa de vino también hablarán de follar.

Al final —cómo no— hablarán de su futura boda. Todas tienen novio. Todas se casarán y TODAS se irán de luna de miel a las Maldivas, aunque Japón empieza a ganar puntos.

Todas menos Jarita, que es la más *hippie*. Jarita se acabará yendo a California. *Road trip*. Descapotable. Un viaje improvisado. Jarita es la más loca. Cómo te ríes con ella. Jarita sigue fumando porros.

Jarita será la primera en divorciarse.

Luego vendrá el resto, como un castillo de naipes.

Para mí esta parte de Madrid es la ciudad en estado puro. Y si no te gusta, no te gusta Madrid.

A mí, me flipa.

Y mucho.

Ding dong.

Mi abuela me recibe como siempre: con sorpresa y una sonrisa.

Jugamos al parchís y miramos por la ventana como el Retiro aún conserva todos los tonos verdes de la primavera.

—¿Otra vez soltero, hijo? Pero ¿cuántas novias llevas ya?